

uno ni otro lo podían prever... Se quedaron dócilmente y casi automáticamente sentados. Esperaban, escuchaban... Entre estos dos hombres cohibidos, Beñina solamente tenía sangre fría... Y con una voz clara y precisa empezó:

—Les diré á ustedes, en primer lugar señor cura, y para dejar tranquila su conciencia, que estoy aquí con el permiso de mi hermana y mi cuñado; saben por el motivo que he venido, y saben lo que voy á hacer. No solamente lo saben sino que lo aprueban. ¿Lo han comprendido ustedes? ¡Pues bien! lo que me trae aquí, es su carta de usted señor Juan, esta carta que ha escrito usted á mi hermana, diciendo que no podía usted esta noche venir á comer con nosotros, porque se veía usted completamente precisado á salir de viaje. Esta carta descompone todos mis proyectos. En efecto, esta tarde—siempre con el permiso de mi hermana y mi cuñado,—yo quería después de la comida llevar á usted al parque, señor Juan, sentarme en un banco—y hasta he tenido la niñería de haberlo escogido con tiempo,—y allí, haberle dirigido á usted un pequeño discurso, muy preparado, muy estudiado, casi aprendido de memoria, porque después que usted se marchó no he pensado en otra cosa más que en el referido discursito. Yo me lo relataba á mí misma, desde por la mañana hasta por la noche. He ahí lo que me proponía hacer, y usted comprenderá que su carta... Me ha puesto muy perpleja... He reflexionado, sin embargo,

y me he dicho, que si yo dirigía mi discursito á su padrino de usted sería poco más ó menos, como si se lo dijera á usted mismo. He venido, señor cura, para rogar á usted que tenga la bondad de escuchármelo.

—Ya la escuchó á usted, señorita, balbuceó el cura.

—Soy rica, señor cura, muy rica, y para hablarle á usted francamente, me gusta mucho mi dinero; sí, ¡me gusta muchísimo! Le debo todo el lujo que me rodea, y que confieso que este lujo—esta es mi confesión—no me es de ningún modo desagradable. Mi única excusa es que soy muy joven y esto pasará con la edad. Pero, en fin, no hay nada seguro. Tengo otra disculpa: es que quiero un poco á mi dinero por los agrados que me proporciona; le quiero mucho por el bien que permite se haga á mi alrededor. Lo quiero como una egoísta, si usted quiere, por el mismo placer que me causa... En fin, creo que mi fortuna no está mal colocada en mis manos. Pues bien, señor cura, lo mismo que usted está encargado de las almas, me parece que yo estoy encargada del dinero. Me he dicho siempre: «Quiero que mi marido sea, antes que todo, digno de partir conmigo esta gran fortuna; quiero que esté seguro de que hará buen uso de ella, y conmigo, mientras que yo esté á su lado, y después que conmigo, si debo de irme la primera de este mundo.» Me decía aún otro cosa... Me decía: «El que haya de ser mi marido, quiero amarle con todas mis fuerzas.»

Y esto es, señor cura, en donde principia mi verdadera confesión. Hay un hombre que hace dos meses ha hecho todo lo posible por ocultarme que estaba enamorado de mí... Pero este hombre ya no dudo que me quiere... Juan ¿no es verdad que usted me ama?

—Sí, dijo Juan por lo bajo, con los ojos cerrados como un criminal, yo la amo á usted.

—Ya lo sabía yo; pero en fin, tenía necesidad de oirlo. Y ahora, Juan, yo le ruego á usted que no pronuncie ni una sola palabra. Toda palabra suya sería inútil; me turbaría y me impediría de seguir hasta el fin, y decir á usted lo que debo decirle. ¿Me promete usted quedarse ahí sentado sin moverse y sin hablar?... ¿Me lo promete usted?

—Yo se lo prometo.

Bettina perdía un poco su seguridad; su voz temblaba ligeramente. Volvió á emprender con una sonrisa algo forzada:

—Dios mío, señor cura, no le acuso á usted del mal que ha ocurrido, pero algo de culpa tiene usted.

—¡ Culpa yo!

—Sí, no me hable usted tampoco. Se lo repito; es su culpa. Estoy cierta que ha dicho usted á Juan muchas cosas buenas de mí, y demasiado. ¡Quizás, sin esto, no hubiera pensado en mí! Y al mismo tiempo á mí me decía usted muchas cosas buenas de él, demasiado buenas; no, no, en fin, muchas! Entonces yo, tenía tanta confianza



en usted, que empecé á mirarle y examinarle con un poco más de atención. Me puse á compararle con todos aquellos que hace un año habían pedido mi mano, y me pareció que la suya era muy superior... En fin, llegó un día... más bien una noche... hace tres semanas, la víspera de nuestro viaje... Juan, noté que le quería á usted... ¡Sí, Juan, yo le amo! Y le ruego que no diga usted nada... siga usted sentado... no se acerque á mí. Yo había hecho, antes de venir aquí, provisión de valor; pero ya se me acaba; usted lo ve, mi hermosa calma se concluye. Tengo todavía algunas cosas que decir á usted... tal vez las más importantes de todas. Juan, escúcheme usted bien. No quiero una respuesta hija de la emoción. Sé que me quiere usted... Si se ha de casar usted conmigo, no quiero que sea solamente por amor; quiero que sea también por convencimiento. Durante estos quince días que han precedido á su marcha ha tenido usted tal cuidado de huir de mí, de esquivar la ocasión de hablar conmigo á solas que yo por eso no he podido mostrarme tal y cómo soy. Hay en mí ciertas cualidades que usted no conoce, Juan; ya sé quién es usted; sé á lo que me comprometo al decidirme á ser su mujer; y seré para usted no solamente una esposa tierna y amorosa, sino también valiente y firme. Conozco su vida entera. Su padrino de usted me la ha contado. Sé por lo que se ha hecho usted soldado, qué deberes ha contraído y qué sacrificios le quedan en su porvenir. Juan, no dude us-

ted; yo no cambiaré ninguno de sus deberes ni ninguno de sus sacrificios. Si yo pudiera querer otra cosa contra usted, quizá sería por este pensamiento—¡ah, á usted se le ha debido ocurrir! que yo os desearía libre y exclusivo para mí, y que le pediría que dejara su carrera.—¡Eso nunca! ¡Nunca! Oye usted bien, ¡nunca exigiría yo una cosa semejante!...—Una joven que yo conozco ha hecho eso al casarse y ha sido una cosa muy mal hecha. Le amo á usted por lo que es y tal como es. Y porque vive usted de otro modo distinto y mejor que todos aquellos que me han deseado por mujer, yo lo deseo á usted por marido. Yo lo querré á usted menos, no le querré nada—lo que me sería muy difícil—si se pusiera á vivir como viven los que yo no he querido... Cuando yo no pueda seguirle á usted ó usted no pueda llevarme, el día que usted se vaya solo, bueno, Juan, este día le prometo á usted tener bastante valor para no quitarle el que usted necesite... Y ahora, señor cura, no es á él á quien yo me dirijo... quiero que sea usted el que responda... por él. Dígale usted si me quiere y soy digna de él, y si sería justo que yo expiara tan dura y tristemente mi fortuna. Dígaselo usted; ¿no es verdad que debe aceptár con gusto ser mi marido?

—Juan, dijo gravemente el anciano sacerdote, cástate con ella... es tu deber... y será tu felicidad.

Juan se aproximó á Bettina, la cogió en sus brazos y depositó en su frente el primer beso.

Bettina se separó dulcemente, y dirigiéndose al cura:

—Ahora, señor cura, tengo que pedir á usted una cosa... Yo querría... yo querría...

—¿Qué querría usted?

—Yo le ruego, señor cura, que usted me dé un beso.

El anciano cura la dió un beso en cada mejilla paternalmente, y en seguida Bettina le dijo:

—¡Me ha dicho usted tantas veces, señor cura, que Juan era un poco su hijo! Yo también, ¿no es verdad, seré su hija? Esto hará que usted tenga dos hijos, ¡esto es todo!.....

Un mes después, el 12 de Septiembre, á las doce, con el más sencillo vestido de boda, atravesaba la iglesia de Longueval, mientras que, colocada detrás del altar, la charanga del 9.º de artillería tocaba alegremente bajo las bóvedas de la vieja iglesia.

Nancy Tourner había solicitado el honor de tocar el órgano en tan solemnes circunstancias, porque el pequeño armonio había desaparecido. Un órgano de grandes y relucientes tubos; se veía en el coro de la iglesia. Era el regalo de boda de miss Percival al cura Constantino.

El viejo cura dijo la misa. Juan y Bettina se arrodillaron delante de él; pronunció la fórmula de la bendición, y se quedó en seguida, durante algunos instantes, rezando con los brazos extendi-

dos, implorando con toda su alma, que la bondad de Dios protegerá á sus dos hijos.

El órgano dejó oír entonces otra vez el mismo nocturno de Chopin, que Bettina tocó el día que por la primera vez entró en esta pequeña iglesia, en la cual debía estar reservada la felicidad de toda su vida. Y esta vez fué Bettina la que lloró.



